

NO TODO VALE LO MISMO

En la vida no todo vale lo mismo ni tiene la misma importancia; existe lo que llamamos una **“jerarquía de valores”**. Cuando ésta no se da o está distorsionada por un ofuscamiento u obscurecimiento de la razón, las consecuencias para el individuo y para la sociedad son catastróficas. Las estamos sufriendo. Hoy vivimos en una sociedad que promueve valores confusos, cuando no contrapuestos: se propugna un modo de vida basado en lo cómodo, lo inmediato y fácil, donde la conciencia se adormece; gastamos fuerzas y recursos en lo que es secundario o superfluo; se nos dice que no hay absolutos, que todo es relativo, y depende del momento o los fines a conseguir. Pero la realidad es tozuda, y nos presenta cada día que **“no todo da igual ni es lo mismo”**, que no todo conduce al hombre a crecer como persona, ni lo hace feliz, aunque le ofrezca un instante con apariencia de permanente felicidad.

Este hombre contemporáneo está incapacitado para entender a Dios como Amor, pues escarmentado por la vida no puede reconocerlo como “don” sino como exigencia absoluta. Y como nadie puede amar sin ser amado, se ha encerrado en sí mismo: es un **“autista”** obligado a vivir a solas consigo. Un día, alguien da con **la terapia milagrosa**: consigue hacer llegar hasta su corazón **la Buena Noticia del amor de Dios**. Entonces, cuando este hombre burgués, avaro, insolidario, egoísta, lujurioso, violento... descubre este **tesoro**, por la alegría que experimenta, tira por la borda todos los “juguetes” que hasta ahora necesitaba para ser feliz -dinero, sexo, poder, belleza, afectos...- y comienza una nueva vida de relación con Dios, con los hombres, con la naturaleza... con la vida, porque **“no todo es lo mismo ni vale lo mismo”**.

Lo importante es saber descubrir los valores del espíritu. Los otros son caducos; ni dan felicidad ni salvan; al contrario, atrapan en sus redes y esclavizan. La verdadera sabiduría, la que pidió el rey Salomón -*“un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien”*- nos orienta hacia los valores que permanecen y no son efímeros. Estos valores constituyen el verdadero tesoro. El salmista lo sabía y por eso escribirá: *“Mi porción es el Señor... más estimo yo los preceptos de tu boca que miles de monedas de oro y plata”*.

El tesoro escondido, o la perla preciosa... es el mismo Jesucristo. El apóstol **Santiago**, a quien celebrábamos el martes, lo comprendió bien, y lo dejó todo por seguir al Maestro. Sus redes y su barca quedaron varadas en la orilla... Había algo sumamente mejor que hacer ahora: escuchar, dejarse amar, acompañar... y en adelante proclamar la Buena Noticia del Amor de Dios en Jesucristo a todos los hombres. Sería el primer apóstol en dar la vida, él que había sido también el primero -cuando no entendía nada- en pedir los primeros puestos en el Reino. Lo mismo nos repitían en sus testimonios los cuatro seminaristas ordenados Sacerdotes en nuestra Diócesis los pasados días (Andrés, Felipe Carmelo, Antonio José y Carlos Fabián).

¿Qué transformación de vida, qué cambio de valores, cuando Jesucristo entra en el corazón del hombre! ¿Le vas a dejar entrar tú?

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM